

# Persona y utopía

.....  
**Fernando Pérez de Blas**  
 .....  
 Doctor en Filosofía  
 .....

La utopía es también camino: camino y horizonte. Camino que vamos realizando y, en cuanto caminamos, lo vamos dejando atrás. Camino que, como dice el poeta, se hace al andar, porque no existen senderos hechos en la historia. La utopía es el camino que nunca se acaba y que siempre está presente en la fe, la militancia y la vida, porque ningún ser humano puede eludir su destino de ser caminante y hacedor de historia.

*La tierra es de todos*, C. Bartolomé Ruiz,  
 Movimiento Rural Cristiano.

**E**n esta ocasión nos interesa en el análisis de la persona un componente definitorio de su realidad. La persona se nos muestra como temporalidad tensional, dialéctica. Por tanto la persona es histórica. Si entendemos al mismo tiempo la persona como entidad comunitaria, nacida y desarrollada en relación directa con otras personas, vemos que es parte de una comunidad histórica. Con estos dos elementos debemos formular la relación de persona y utopía (o lo que significa lo mismo en el parámetro temporal, ucronía).

El tiempo, el transcurrir existencial, define a la persona, porque ésta no aparece ahí acabada, sino que es una sustancia sin delimitar de una vez por todas. La dialéctica entre las determinaciones externas (sociales, físicas, biológicas, económicas, etc.) y el propio sentido (vocación, aspiración, ideal) personal supone el eje de este entramado temporal. El ser la persona parte de la Vida es ya condición de su temporalidad. Pues la vida es tiempo, es transcurrir, es crecimiento. Pero la persona no crecerá de manera lineal, las paradojas, los aletargamientos, las rutinas forman parte de su ser tanto como la libertad y la creatividad. En el duro camino de la realización plenifi-

cante de su ser más profundo, la persona necesita un factor esencial para no dejarse arrastrar por los alienamientos externos: el esfuerzo. La persona esforzada deberá, por tanto, buscar su plenitud entre los amasijos de la realidad. No podrá ser huidiza, sino contradice (el ermitaño no sería por ello menos persona, porque vive quizá el misterio de una manera más originaria aún, transforma la realidad en cuanto niega muchos de sus elementos despersonalizadores). Y en esa búsqueda se regirá por un deber constructivo más que por un interés egoísta. Una persona interesada tiende a recortar sus posibilidades, no a expandirlas. Ese deber, ideal, exigencia de donación, no está dado entre los ajetres del mundo en casi ningún caso; hay que ejercerlo. Esta llamada de la realidad para ser hermanada con el ideal compromete a la persona, si quiere llegar a serlo en acto, para desplegar todas sus potencias. La tozuda realidad tendrá que ser transformada, por tanto. En conclusión, la temporalidad personal no puede entenderse cerrada a la realidad, meramente espiritual. La liberación está conjugada al cambio de estructuras, prejuicios y estratos del mundo. El tiempo es un acercamiento a la utopía, el espacio un eje de coordenadas donde hacer instantánea, actual, la presunta ucronía.

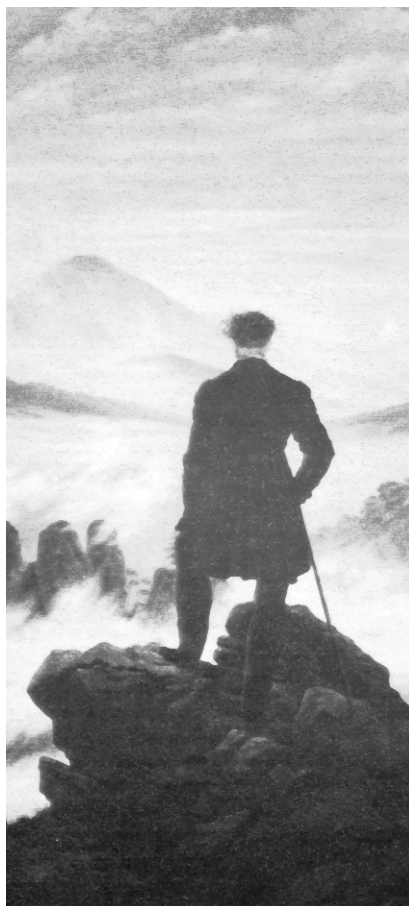
Como decimos, al mismo tiempo, la persona es parte de una comunidad. Por génesis, al nacer de y con otras personas, por crecimiento, al educarse en una familia y en una sociedad, y por exigencia, al no haber una persona entre no-personas. Si cualquiera se entiende como persona es a condición de reconocerse y ser reconocida en otras personas. Es una entidad recíproca, nunca autosubsistente. Y en el plano comunitario la persona también encuentra la misma contraposición de realidades y deberes, de ideales y desórdenes estableci-

dos. Del mismo modo que la persona, en su afán de plenitud, chocaba con los muros del mundo, en su anhelo de convivencia comunitaria encuentra trabas no menores para la conjugación de su plenificación con las de sus hermanos. En última instancia, por esta originaria trabazón interpersonal, la despersonalización de cualquiera a lo largo del mundo afecta a mi persona. Hasta tal punto es pujante la pasionalidad compartida (compasión) entre los hombres. La idealidad de una comunidad ecuménica, por tanto, nace del despliegue de potencialidades en todas y cada una de las personas. La tensión dialéctica por la construcción de la utopía en este caso es más angustiante aún. El hábitat a tener en cuenta no es el nicho personal, sino el ecosistema global de la comunidad humana.

Estos desgarros personal-comunitarios entre la utopía-ucronía y el espacio-tiempo (historia) suelen ser la más velada e inconsciente de las causas para abandonar la lucha por un ideal de transformación radical de la realidad. El sentimiento de anhelo por el ideal encontrado con una realidad que parece cerrar caminos al mismo tiempo provoca una angustia en las personas y en las diversas comunidades que no hace sino favorecer la propia lógica de reiteración de las estructuras despersonalizadoras. La persona, en el mejor caso, quiere abrir huecos a su vocación solitaria o familiar y olvida una dimensión *sine qua non* de su consistir: la historia y la comunidad. En esa situación su libertad, su plenitud y su capacidad de amar son amputadas hasta dejar apenas muñones en su lugar. Pero ¿acaso hay otra salida? ¿Acaso puede hacerse algo más ante una realidad que no permite vislumbrar auroras en su crepúsculo perpetuo? ¿Acaso la utopía puede llevarse a la historia, la ucronía embellecer nuestro medio ambiente? Varias nociones pretenden responder a esta disyuntiva

angustiante. Para nosotros es esencial una de ellas:

El testimonio: el ideal, que se muestra como fuera del espacio-tiempo, puede vivirse en el instante. Dar testimonio es la manera más plenificante de hacerse persona. El testimonio de libertad y justicia que recorre los rincones de la historia, aunque sea en los más polvorientos y voluntariamente olvidados en sus entrañas intrahistóricas, supone el aliento de Vida en un mundo que tiende a la inercia (estado, recordemos, de los elementos inorgánicos, no biológicos). ¿Qué pequeña esperanza el testimonio de un puñado de personas en muchos casos perdidas en la noche de los tiempos? Pero, usted lo ha dicho, en el tiempo: han sido ejemplares de la utopía en la historia. Han sido presencia de un ideal de hermandad comunitaria de los hombres, de la ecumene de personas. Son el kairós, la oportunidad de abrir huecos a la esperanza entre las sordinas y los silencios impuestos por la realidad presuntamente unilateral. Son voces de la libertad en un mundo de determinis-



mos legitimados (por la ciencia, por la religión, por los Estados, por las rutinas personales...). Suponen un testigo de la verdadera religión con Dios, superando ritualismos sin esencia, a través de fermentar la comunidad, la hermandad desde la libertad. Por supuesto, estos testimonios nunca serán de la perfección, porque precisamente el choque con los muros provoca heridas, cicatrices, vueltas atrás, construcción de escaleras, túneles y piquetas que a veces no concuerdan con el ideal, más permiten entrar la luz en la caverna de la explotación, de la servidumbre voluntaria, de la mentira masificada. Cristo fue el testimonio por excelencia porque transmutó la muerte en vida por el martirio, pero ¿acaso otros testigos no murieron un poco en cada paso que daban hacia el ideal? ¿El dar la vida, haciendo presencia la utopía, no es un martirio a cada paso? La simbología del testimonio es la fuerza de una libertad que no se deja llevar de pasividades facilonas.

Buscadores de verdad, creadores de belleza, rescatadores de sentimientos,

inventores de máquinas liberadoras, políticos honestos, trabajadores, santos, eremitas, se hicieron personas abriendo espacios a su plenitud y a la de otras personas. Pueblos enteros dieron testimonio comunitario de cómo entender una semilla de construcción social alternativa a la realidad. Quizá sus verdades y sus realizaciones hayan sido domesticadas por la siempre tiránica historia, pero la han dotado de posibilidades que los fatalismos de sus contemporáneos pretendían imposibles, utópicas y ucrónicas. En esa medida sus testimonios han cambiado el mundo y han demostrado que la utopía es camino, la ucronía es instante de eternidad. El infinito no puede reducirse al fin de la historia y a cada instante la persona y la comunidad deben abrir hueco a una fe, una esperanza y un amor nacidos y llamados a la eternidad. Porque la verdadera plenitud de la persona es poética, esto es, forjadora de símbolos que permitan expandir las limitaciones del mundo hacia fronteras menos rígidas, hacia fronteras que siempre estén más allá del horizonte.

#### Sugerencias bibliográficas

Sin listas acabadas, rescatemos testimonios en la historia: cínicos y estoicos en Grecia, la sabiduría oriental, los movimientos de liberación esclavista en Roma, en Estados Unidos y allá donde exista, Cristo, las primeras comunidades cristianas, las comunas de ciertas religiones, Francisco de Asís, colectividades del 36 en España, M. Kolbe, J. Peiró, La Boetie, H. D. Thoreau, la primera Internacional, Teresa de Calcuta, el movimiento de insumisión, Gandhi, las comunidades de base cristiana, artistas del pueblo, la antiglobalización, Ó. Romero, T. Muntzer, Tolstoi, y un etcétera que hemos de investigar y salvar del olvido entre todos los que creamos que la utopía define una dimensión imprescindible de la persona y las comunidades.